

falsa partida de nacimiento que la ha hecho laboradora y pobre (1).—Otra mujer colocada al servicio de M. Métivier, joven, bonita, hija del conserje de un ministerio, se imaginó que el ministro la miraba mucho y afirmó que la había enviado una mediadora. Con esto, su prometido, que era un empleado, se retiró. Casó con un obrero, quedó embarazada, dió á luz, y en estos hechos, el ministro murió; ella declaró entonces que el ministro, en testamento, la había dejado 200.000 francos. Sus recuerdos falsos eran tan claros, que su prometido se había alejado y su marido casi la creía (2).—En el somnambulismo y el hipnotismo, el paciente, que ha llegado á ser muy sensible á la sugestión, está sujeto á semejantes ilusiones del recuerdo; se le dice que ha cometido tal crimen, y su cara expresa enseguida el horror y el espanto. Los recuerdos ordinarios no se presentan ya ó son demasiado débiles para ejercer la represión acostumbrada; falta del contrapeso normal, la concepción simple viene á ser afirmativa, y recuerda en falso asesinatos que no ha cometido.

Otros casos presentan la ilusión inversa. Esta vez no nos engañamos ya por adición sino por supresión; en vez de insertar en nuestra serie hechos que no nos pertenecen, proyectamos fuera de ella hechos que nos pertenecen.—Tal es el error en el que caemos acerca de los colores y los sonidos; se ha descrito ya su mecanismo. En sí,

(1) Notas según el curso de M. Baillarger en la Salpêtrière, 1856. El profesor interrogaba á las locas delante de los alumnos.

(2) Leuret, *Fragments psychologiques*, historia análoga de un loco llamado Benito, p. 64.

son sensaciones como las del calor ó sabor; pero como son rechazadas fuera de nuestra superficie nerviosa, nos parecen separadas de nosotros; por esta enajenación, el sonido se nos presenta como un hecho extraño y el color como una cualidad de un cuerpo distinta de nosotros.—Este error es normal y hemos mostrado en qué es útil. Pero hay otros que son enfermizos y llevan la perturbación á toda nuestra conducta; con las alucinaciones llamadas psíquicas; en este caso, el enfermo enajena y refiere á otros pensamientos que son suyos (1); oye por el *pensamiento*, escucha «voces secretas, interiores», se le habla «sin palabra», ve «invisiblemente». La mujer de un mayor inglés en Charenton hablaba de un sexto sentido por el cual oía las voces; era «el sentido del pensamiento».—Cuando se interroga á los enfermos, responden que la palabra voz de que se sirven es muy impropia, y que la emplean metafóricamente, á falta de otra mejor; la voz no tiene timbre, no parece en modo alguno partir del exterior, como de ordinario; los místicos, han hecho ya esta distinción, y opuesto las «locuciones y voces intelectuales» que su alma percibe sin la mediación de los órganos, á las voces corporales que perciben del mismo modo que en la vida corriente. Blake, el poeta y dibujante (2), que evocaba á los muertos ilustres, hablaba con ellos, «de espíritu á espíritu» y como él decía «por intuición y magnetismo».—Se reconoce fácilmente que estas ideas que atribuyen á otros les pertenecen. El in-

(1) Baillarger, *Des Hallucinations*, 1.^a parte.

(2) Brière de Boismont. *Traité des hallucinations*, página 90.

interlocutor de Blake le rogó preguntara á Ricardo III, si pretendía justificar los asesinatos que había cometido durante su vida. «Vuestra pregunta, respondió Blake, le ha llegado ya... No tenemos necesidad de palabras; he aquí su respuesta algo más larga que me la ha dado; no comprenderíais el lenguaje de los espíritus.—Dice que lo que llamáis asesinato y carnicería no es nada; que, degollando quince ó veinte mil hombres, no se les hace mal alguno, que la parte inmortal de su ser no solo se conserva, sino que pasa á un mundo mejor, que el hombre asesinado que dirigiera reproches á su asesino se haría culpable de ingratitud, puesto que este último no ha hecho más que procurarle una morada más cómoda y una existencia más perfecta. Dejadme; se presenta ahora muy bien, y si decís una palabra, se irá». Claro es que Blake imputaba á Ricardo III sus teorías y sus sueños; su personaje era un eco que le devolvía su propio pensamiento.—Una loca jugaba incesantemente á pares ó nones con una persona ausente que creía ser el prefecto de policía; antes de jugar, miraba siempre las monedas que colocaba en su mano y sabía así su número; por tanto, el prefecto adivinaba siempre mal y nunca dejaba de perder; más tarde descuidó su examen previo; entonces el prefecto tan pronto perdía como ganaba.—Claro es que en el primer período, formaba ella misma, sin darse cuenta, el error que atribuía al prefecto.

El punto de partida de estas ilusiones no es difícil de distinguir; se le halla en el procedimiento de espíritu del escritor dramático, del narrador, de toda imaginación viva; en medio de un monólogo mental, un apóstrofe, una respuesta brota;

una especie de personaje interior surge y nos habla en segunda persona: «Vuelve en tí mismo, Octavio, y deja de quejarte».—Ahora, suponed que estos apóstrofes, estas respuestas, permaneciendo siempre mentales, sean enteramente imprevisas é involuntarias; esto ocurre con frecuencia. Suponed que encierran ideas extrañas, á veces terribles, que el enfermo no puede provocarlas á su elección, que las sufre, que está obsesionado por ellas (1). Suponed finalmente que estos discursos estén bien ligados, que indiquen una intención, incitan al enfermo en uno ú otro sentido, hacia la devoción ó hacia el vicio. Le inclinará á atribuirlos á un interlocutor invisible, sobre todo si la religión circundante y su propia creencia le autorizan á forjarse uno. La serie total que constituye el yo se divide entonces en dos, porque las dos series parciales que la componen presentan caracteres distintos ó hasta opuestos. A veces, cuando la segunda nada tiene de extraordinario, el enfermo se la atribuye también y se cree doble. «Me inclino á creer, escribía un alucinado, que siempre ha habido en mí un doble pensamiento, vigilando uno los actos del otro». «Hay, dice un segundo enfermo, como otro yo mismo, que inspecciona todos mis actos, todas mis palabras, como un eco que repite todo». Un tercero, convaleciente de una fiebre, «se creía formado por dos individuos, uno de los cuales estaba en la cama, en tanto que el otro se paseaba; aun cuan-

(1) Véase toda la autobiografía de Bunyan, el autor del *Pilgrim's Progress*.—Lo mismo en las conversaciones elocuentes y sublimes del Tasso, con su genio familiar, referidas por Manso.—Lo mismo también en las advertencias que á Sócrates hacía una voz interior.

do no tuviera apetito, comía mucho, teniendo, decía, dos cuerpos que alimentar» (1).—Otras veces, la segunda serie se refiere á otra, sobre todo cuando las ideas que contiene son desproporcionadas con las que forman la primera serie. Así se han formado el demonio de Sócrates y el genio familiar del Tasso.—De ordinario, al cabo de algún tiempo, la alucinación de los sentidos viene á completar la psíquica. Las voces interiores y mentales se hacen físicas y exteriores.—«Al principio, según los enfermos, era algo ideal, y como un espíritu que hablaba en ellos; ahora, oyen realmente hablar;» las voces son claras ó sordas, graves ó agudas, melodiosas ó chillonas. He contado ya el caso de Teófilo Gautier, y cómo un día que pasaba por delante del Vaudeville, una frase impresa en el cartel de anuncio se fijó en su recuerdo; cómo, á su pesar, la repetía incesantemente; cómo, al cabo de algún tiempo, dejó de ser simplemente mental y pareció proferida por una garganta corporal, con un timbre y un acento muy claros; volvía así por intervalos, de improviso; esto duró varias semanas. Suponed un espíritu prevenido y asediado de temores; admitid que la voz pronuncia, no una frase única y monótona, sino una serie de discursos amenazadores y adecuados; es el caso de Lutero en la Wartbourg, cuando discutía con el diablo. Las palabras mentales han provocado en los centros sensibles del encéfalo las sensaciones del oído correspondientes, y en adelante, separadas del yo con doble motivo, son imputadas á un interlocutor.

(1) Griesinger, 93 y Baillarger, *Des Hallucinations*, passim.

No son estas más que ilusiones parciales; las hay totales, en que se reemplaza la série de nuestros hechos por otra extraña, Pedro se cree Pablo y obra conforme á su creencia. Aquí también el punto de partida del error está en un proceso de espíritu bien conocido, el del novelista ó el autor que se pone en el lugar de sus personajes, se une á sus pasiones, experimenta sus emociones.—En ninguna parte se vé tan claramente la operación como en el hipnotismo; la atención del paciente, limitada y concentrada, no recae entonces sino sobre una serie de ideas; esta se desarrolla sola; todas las demás están entorpecidas, y son por algún tiempo incapaces de renacer; por tanto, los recuerdos ordinarios faltan y no ejercen ya represión; la ilusión que en el autor y el novelista se encuentra deshecha á cada momento, no es ya impedida y prosigue su curso (1). «A. A. B... se le rogó digera su nombre; respondió razonablemente, sin vacilar. Cuando fué hipnotizado y en el coma vigil (era entonces capaz de mantenerse en pie y en apariencia bien despierto, pero con un aire extraño y extraviado como en el somnambulismo) se le sugirió fuertemente que se llamaba Ricardo Cobden. Al cabo de algunos instantes se le preguntó su nombre. Respondió enseguida y sin vacilar: Ricardo Cobden.—¿Estáis seguro?—Sí, replicó.—La misma experiencia con nombres diferentes intentada en otras varias ocasiones tuvo siempre los mismos resultados.—Durante el estado de vigilia normal, los sujetos de la experimentación daban su verdadero nombre en cuanto se

(1) *Annales médico-psychologiques*, cuarta serie, tomo VI, 428.—*De la Folie artificielle*, por el doctor Hack Tuke.

les preguntaba. Por el contrario, si durante el período conveniente del sueño hipnótico, se les sugería el nombre de un rey, no solo eran llevados á decir que era el suyo, *sino que sentían y obraban de un modo que atestiguaba su convicción de que eran reyes.*»

En vez de ser pasajero, este estado puede ser fijo; es frecuente en los hospicios, y se le encuentra muchas veces en las épocas de exaltación religiosa.—Un contraamaestre del ejército de Cromwell, James Naylor, se creyó el Dios Padre, fué adorado por varias mujeres entusiastas, juzgado por el Parlamento y llevado á la picota. En los asilos se encuentran locos que se creen Napoleón, la Virgen María, el Mesías ó cualquier otro personaje. Uno de ellos llamado Dupré y tratado por Leuret, se creía y se llamaba á la vez Napoleón, Delavigne, Picard, Andrieux, Destouches y Bernardino de Saint-Pierre.—Una mujer, citada por Leuret y que se llamaba Catalina, no es ya ella misma, hay ruptura entre su pasado y su presente; no habla de sí sino, en tercera persona, diciendo: «la persona de mí misma».—Otras estaban transformadas en animales. «En 1541, en Padua, dice Vier, un hombre que se creía transformado en lobo corría los campos atacando y matando á los que se encontraba. Después de bastantes dificultades llegaron á apoderarse de él. Dijo confidencialmente á los que le detuvieron: Soy verdaderamente un lobo y si mi piel no parece la de un lobo es porque está vuelta y los pelos caen adentro.—Para asegurarse del caso, se hicieron cortes al desgraciado en diferentes partes del cuerpo, y se le quitaron los brazos y las piernas.»—Si por hipnotismo ó enfermedad, el paciente experimen-

ta falsas sensaciones, puede llegar á formarse las ideas más extrañas de su cuerpo, y por tanto, de su persona.—«De varias mujeres hipnotizadas dice el Dr. Elliotson, una se figuraba que era de vidrio y temblaba no llegara á rompersela; otra que no era mayor que un grano de trigo; otra que estaba muerta.» De modo semejante, ciertos locos están persuadidos de que su cuerpo es de cera, de manteca, de madera y obran en consecuencia. Leuret cita hombres que se creían transformados en mujeres, y mujeres en hombres. Un soldado cuya piel era insensible se creía muerto desde la batalla de Austerlitz, en que había sido herido. «Cuando se le pedían noticias de su salud, respondía: ¿Queréis saber como vá el padre Lambert? Ya no existe el padre Lambert, una bala de cañón le mató en Austerlitz; lo que aquí véis no es él; es una mala máquina que han hecho á semejanza suya; deberíais rogarles que hicieran otra.»—Hablando de sí mismo, no decía nunca *yo*, sino siempre *esto* (1).

En resumen, la concepción que en un momento dado tengo de mí mismo es un nombre abreviador y sustituto, unas veces mi nombre, otras la palabra *yo*, uno y otra pronunciados mentalmente. Si insisto en esto en el estado normal, este nombre evoca en mí, por asociación, su equivalente, á saber, la serie de mis hechos actuales y anteriores, unida á las numerosas series de he-

(1) Ilusiones análogas en el ensueño: M. Charma soñó una vez que era ayuda de campo de Enrique IV, otra que era Voltaire.—El Dr. Macnisch, soñó que era un pilar de piedra y veía todo lo que pasaba á su alrededor.—De Quincey, el fumador de opio, soñó que era el ídolo de un templo brahmnico, etc.

chos posibles de que soy efectivamente capaz. Pero esta asociación principal, siendo adquirida, puede deshacerse; lo mismo ocurre con las asociaciones secundarias que unen en conjunto en mi espíritu los diversos trazos de la serie total. Si entonces un fragmento ó una serie extraña viene á intercalarse en el lugar vacío, el paciente se engañará acerca de sí propio.—Acabamos de ver las condiciones principales de esta trasposición. A veces la energía de las asociaciones normales es menor, como en el sueño y el hipnotismo; el lazo que une mi nombre á la palabra yo está debilitado; por tanto, una sugestión insistente puede sustituir á mi nombre el de otro; en adelante este, con toda la serie de los hechos de que es equivalente, es evocado en mí en cuanto la palabra yo vuelve mentalmente; y en adelante á á mis ojos, soy esta otra persona, Ricardo Cobden ó el príncipe Alberto.—Otras veces la energía de las asociaciones normales es vencida por una fuerza mayor. La concepción pura que reprimida por la serie de los recuerdos, había sido primeramente estorbada en su evolución, acaba de desarrollarse según su tendencia alucinatoria. Repetida incesantemente, cada día más viva, mantenida por una pasión avasalladora, por la vanidad, por el amor, por los escrúpulos religiosos, sostenida por falsas sensaciones mal interpretadas, confirmada por un grupo de explicaciones adecuadas, adquiere el ascendiente definitivo, anula los recuerdos contradictorios; no siendo ya negada, se encuentra afirmativa; y la novela, que primeramente había sido declarada tal, parece una historia verdadera.—Así nuestra idea de nuestra persona es un grupo de elementos coordinados

cuyas asociaciones mútuas, sin cesar atañadas, sin cesar triunfantes, se mantienen durante la vigilia y la razón, como la composición de un órgano se mantienen durante la salud y la vida. Pero la locura está siempre á la puerta del espíritu, como la enfermedad á la del cuerpo; porque la combinación normal no es más que un éxito, no se termina ni renueva sino por la derrota continua de las fuerzas contrarias. Ahora bien, estas subsisten siempre; un accidente puede darles la preponderancia; poco se precisa para que la adquieran; una ligera alteración en la proporción de las afinidades elementales y en la dirección del trabajo de formación traería una degeneración. Moral ó física, la forma que llamamos regular inútilmente quiere ser la más frecuente, se produce á través de una serie de deformaciones posibles.— Puede compararse la sorda elaboración cuyo efecto ordinario es la conciencia á la marcha del esclavo, que después de los juegos del circo, atravesaba toda la arena con un huevo en la mano, entre los leones fatigados y los tigres hastiados; si llegaba, recibía la libertad. Así avanza el espíritu á través de la balumba de los delirios monstruosos y de las locuras aulladoras, casi siempre impunemente, para asentarse en la conciencia verídica y en el recuerdo exacto (1).

VII. ¿Cómo ocurre que el esclavo llegue con tanta frecuencia al término? ¿De donde procede que nuestros recuerdos presentes corresponden

(1) Véase la nota al fin del tomo.

casi siempre á sensaciones pasadas, que casi siempre el puesto asignado á estas sensaciones sea el que han ocupado efectivamente, que casi nunca la cadena de nuestros hechos no enajena uno de sus anillos propios ó no recibe un anillo extraño, que casi siempre el grupo de los hechos pasados, presentes y posibles de que formamos nuestra persona sea en efecto el grupo de los hechos que nos han ocurrido, que ocurren en nosotros y que pueden sobrevenirnos? ¿Por qué ajuste se establece la concordancia casi constante de nuestro pensamiento y de nuestro ser?—Bien entendido que no tratamos en modo alguno aquí de demostrar la veracidad de la memoria; la cosa es imposible. En efecto, la prueba sería un círculo vicioso; porque, si la memoria es verídica, es por virtud de ciertas leyes que acomodan el recuerdo á su objeto; ahora bien, estas leyes no pueden ser deducidas por nosotros sino de los hechos que observamos y de que nos *acordamos* para compararlos; de suerte que para probar la exactitud del recuerdo sería preciso primeramente admitirla. La admitimos y sin gran escrúpulo, si no sobre una demostración directa, al menos según un cortejo de confirmaciones innumerables y como una hipótesis que justifica todo el conjunto de la experiencia, de las comprobaciones y de las previsiones humanas.—Establecido esto, nos basta explicarla, y no tenemos más que mirar el mecanismo descrito para comprender el acierto casi infalible de su funcionamiento.

En primer lugar, lo que constituye el recuerdo, es una imagen presente que parece sensación pasada y que, por la contradicción represiva de las sensaciones actuales, se encuentra obligada á un

retroceso aparente. Ahora bien, se ha visto que la sensación, después que ha cesado, tiene la propiedad de renacer por su imagen; por regla general, casi toda imagen clara y circunstanciada supone una sensación antecedente; de suerte que si nuestro juicio es siempre falso en sí, es casi siempre verdadero de rechazo. Nos engañamos siempre al tomar la imagen actual por una sensación distante; pero de ordinario esta se ha producido. Si la imagen por su presencia provoca de un lado una ilusión constante, que es el recuerdo, de otro *compensa* esta ilusión por su origen, que es casi siempre una sensación anterior; si me atrevo á decirlo, rectifica con una mano el error á que con la otra nos induce.

En segundo lugar, lo que coloca delante de tal sensación la imagen rechazada, es la presencia de esta sensación ó su recuerdo por su imagen. Ahora bien, así como se ha visto al hacer constar las leyes que rigen al renacimiento de las imágenes, mi sensación presente tiende á evocar la imagen de la anterior, que es contigua á ella; y, en general, las imágenes de las sensaciones que han sido contiguas, tienden á evocarse; de donde se sigue que la imagen de una sensación pasada, tiende á evocar las de las anteriores y posteriores, á ella contiguas. Por consiguiente, la imagen abreviadora de una larga serie de sensaciones, operaciones y acciones, es decir, de un trozo notable de mi vida, tiende á evocar, las imágenes abreviadoras del trozo anterior y del posterior.—Pero hemos mostrado que la sensación posterior, sea por sí misma, sea por su imagen, ejerce sobre la imagen de la sensación precedente una contradicción que cesa cuando su comienzo encuentra el fin de

su antagonista, de donde sucede que la imagen rechazada parece soldada por su fin al principio de la imagen ó sensación que la rechaza. Por tanto, cuando la imagen de una sensación pasada evoca la de la posterior y la de la anterior, es rechazada por la primera, rechaza á la segunda, se suelda por su final al principio de la primera, por su comienzo al final de la segunda, y *se encaja* así entre ambas. Basta que las tres imágenes vengan á cabalgar la una sobre la otra, para que los dos rechazos se operen en el sentido indicado; el mecanismo que las sitúa funciona para alinearlas inmediatamente que la ley de evocación mental las despierta juntas. Contraen así, la una en relación á la otra, un orden aparente que corresponde al real de las sensaciones de que son resto. Contigüidad de dos sensaciones, la una antecedente, la otra que sigue, despertar recíproco de la imagen de la una por la de la otra, soldadura aparente de las dos imágenes y soldadura tal que pareciera anterior á la segunda; he aquí todos los pasos de la operación; de donde se ve que la *fecha real* de una sensación determina la *aparente* de su imagen. Aquí también, la concordancia se establece por un golpe de rechazo.

Regla general, no solo toda imagen precisa y detallada supone una sensación antecedente, sino que toda imagen precisa y detallada, que en apariencia, suelda otra tras sí, supone que la sensación de que deriva estaba soldada del mismo modo, pero esta vez realmente, á la sensación que la otra repite. Luego, si por su unión provoca siempre una ilusión forzando á la otra á parecerle anterior, casi siempre repara este error por su

origen, que es la sensación posterior á la de que la otra es eco.

Así se forma en nuestra memoria la serie de nuestros hechos; á cada momento reexpedimos un trozo de ella; no pasa día en que no nos remontemos varias veces bastante adelante, y aún muy adelante, en la cadena, gracias á los procedimientos abreviadores, hasta hechos separados del momento presente por varios meses y por varios años. Las asociaciones así repetidas, se hacen siempre más tenaces; nuestro pasado es una línea que no nos cansamos de repasar con tinta y de refrescar.—Entre estos hechos, se establecen clases; se agrupan espontáneamente según sus semejanzas y sus diferencias; los más usados, caminar, coger con la mano, levantar un peso, sentir, tocar, oler, gustar, ver, oír, acordarse, prever, querer, si reúnen cada uno bajo un nombre; los concebimos como posibles para nosotros, y estas posibilidades, incesantemente comprobadas y limitadas por la experiencia, constituyen nuestros poderes ó facultades. No hay una, cuya presencia, alcance, y límites, no se nos manifieste á cada momento, de suerte que su idea es asociada á la del yo por anillos á cada momento forjados de nuevo y reforzados.—Añadid al recuerdo de mis hechos y á la idea de mis poderes una última idea igualmente renovada y afirmada á cada momento por la experiencia, la de este cuerpo que llamo mío y que se distingue por caracteres aislados de todos los demás, siendo el único que responde á mi tacto, por una sensación de contacto, el único cuyos cambios puedan sin intermediario provocar cambios, el único en quien las sensaciones que me atribuyo me parecen situadas. Todo

este grupo de ideas verdaderas y de recuerdos exactos, forma una red singularmente sólida. Es necesario, pues, una gran acumulación de fuerzas para arrancarle equivocadamente algún trozo que le pertenezca, ó para insertarle alguna pieza que le sea extraña.—En efecto, estas trasposiciones, son raras; se las ve sobre todo cuando un cambio orgánico, como el sueño ó el hipnotismo, afloja las mallas de la red; cuando una pasión inveterada, dominadora, fortalecida por alucinaciones psíquicas ó sensibles, termina por desgastar un hilo del tejido, sustituirle con otro, y avanzando de proximidad en proximidad, poner una tela ficticia en lugar de la natural. Pero, tal como se urde en las condiciones ordinarias, la tela es buena, y sus hilos, por su presencia, por sus diversidades, por sus fechas aparentes, por sus uniones, corresponden á la presencia, á las diversidades, á las fechas reales, á las uniones de los hechos reales; es que los hechos reales mismos los han tejido. El espíritu se parece á un telar; cada hecho es una sacudida que le pone en movimiento, y la tela que acaba por salir de él transcribe, por su estructura, el orden y la especie de las sacudidas que la máquina ha recibido.

VIII. Cuando, por las apariencias del tacto, de la vista instruída y de los otros sentidos, hemos adquirido una idea bastante precisa y completa de nuestro cuerpo, y á esta idea se ha asociado la de un interior ó sujeto, capaz de sensaciones, recuerdos, percepciones, voliciones y lo demás, avanzamos un paso. Entre los innumerables cuerpos que nos rodean, hay varios que de

cerca ó de lejos, se parecen al nuestro. En otros términos, si les exploramos, provocan en nosotros sensaciones de contacto, de resistencia, temperatura, color, forma y magnitud táctil y visual, pero más ó menos análogas á las que experimentamos cuando por el ojo y la mano adquirimos convencimiento de nuestro propio cuerpo. Así el grupo de imágenes por el cual nos figuramos estos cuerpos es muy semejante á aquel por que nos representamos el nuestro.—Por consiguiente según la ley de asociación de las imágenes, cuando el primer grupo surge en nosotros, debe como el otro evocar la idea de un *sujeto ó interior*, capaz de sensaciones, percepciones, voliciones y otras operaciones semejantes. Tal es la sugestión ó inducción espontánea; se confirma y precisa poco á poco por comprobaciones numerosas.—En primer lugar, notamos que este cuerpo se mueve, no siempre del mismo modo, á consecuencia de un choque mecánico, sino diversamente, sin impulso exterior hacia un término que parece un fin, como se mueve y se dirige el nuestro, lo cual nos lleva á conjeturas en él, intenciones, preferencias, ideas motoras, una voluntad como en nosotros (1).—En segundo lugar, sobre todo, si es un animal de especie superior, le vemos realizar multitud de actos cuyos análogos encontramos en nosotros, chillar, andar, correr, echarse,

(1) El niño se irrita contra un globo ó una pluma que vuela caprichosamente y no se deja coger.—En las épocas primitivas el hombre consideró el sol, los ríos, como seres animados.—El salvaje toma un reloj que suena tic-tac y cuya aguja anda, por una pequeña tortuga redonda.—El movimiento, en apariencia espontáneo, sobre todo si parece tener un fin, sugiere siempre la idea de una voluntad.